

RELATOS  RENDIBÚ  
CONCURSO DE ARTES

# PECCATA MINUTA

POR  
ANTONIO  
JESÚS RUIZ  
MUNUERA

**C**ompartían una herencia débil, llena de inconsistencias, pero también de certezas.

En casa, todos sabían desde zagalas que su camino, su esmirriada propuesta vital, no avanzaría en línea recta. El futuro –trazado con mano trémula– recorrería sinuoso la existencia, como un arroyuelo de montaña, impredecible y caprichoso. Todo lo más, rondaría un camino paralelo, salpicado de ambigüedades.

Porque lo suyo era seguir a pie juntillas la moral ‘dominante’ y, fieles a ese sofisma, se dejaban cautivar por cualquier pasión mundana. El árbol genealógico, retorcido como una cepa de uva, mostraba esa tendencia desde los tiempos del primer cigoto familiar.

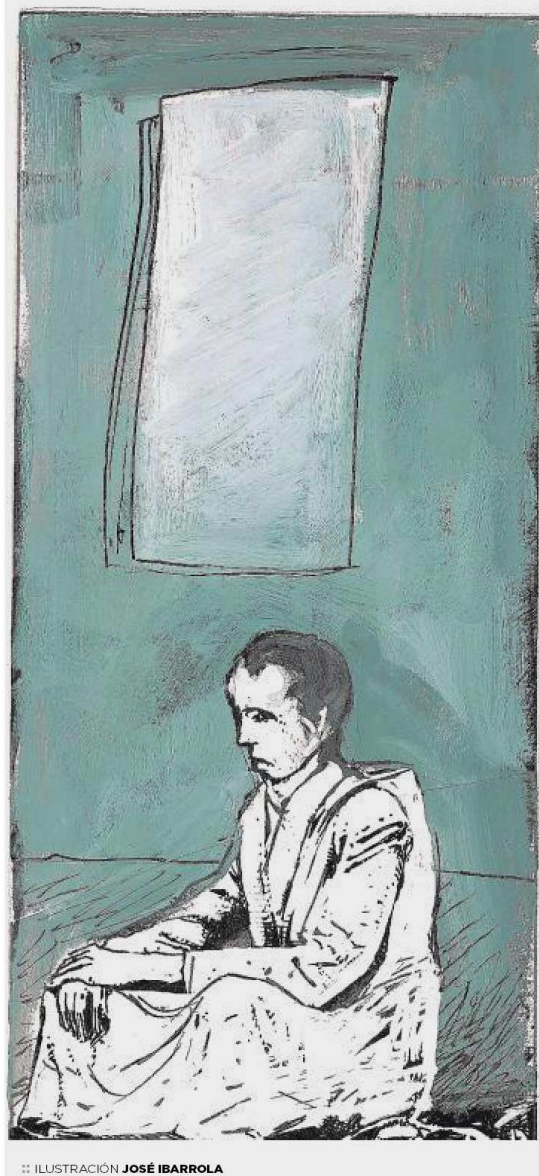
Primitivo, mi tatarabuelo neandertal, honró su nombre embarazando a su propia hermana –Inmaculada–, de la que germinó una línea de consanguinidad que ofrecería prometedores ejemplares al mundo de la ciencia.

En la primera rama se vino a situar Pura, una paradoja existencial nacida del amoroso encuentro. La bisabuela, toda inocencia, se cruzó con Silvestre –otra bestia parda–, con quien engendró, valga la redundancia, dos abominaciones a las que denominó Benigno y Casto, en un fútil intento por enderezar el ingobernable rumbo de la familia.

El primero, sociable donde lo hubiera, inmortalizó su obra en los anales del homicidio, tras especializarse en el asesinato múltiple. Como era previsible, el garrote estranguló, literalmente, su línea dinástica.

El segundo –contrariando su propio nombre– propagó la estirpe por toda la comarca, en un alarde fisiológico sin precedentes del que nació, entre otras catorce serpientes, el que habría de ser mi padre, Mamerto.

Así las cosas –que aun semejando tal condición inorgánica eran humanas y de la familia–, mi primogénito hizo bueno tanto su nombre de alelado, como el histórico de su linaje, disoluto y excesivo, siempre dispuesto para ultrajar al creador con sus conductas impropias. No contento con incestos, homicidios y demás tendencias pecaminosas de la parentela, agravó el cuadro con una estupidez supina, privativa de toda capacidad de sentir un residuo de culpa. En ese esta-



II ILUSTRACIÓN JOSÉ IBARROLA

do carencial, era incapaz de distinguir el bien del mal y cuanto menos, de ponderar sus actos con algo remotamente parecido a la ética. Con su naturaleza insuficiente, padre personificaba el pecado de ser tonto. Era, por des-

cribirlo en términos arquitectónicos, una mente opaca, sin puertas ni ventanas.

Mamerto sería recordado en el pueblo como una suerte de animalico que, en cada celo y desprovisto de conciencia moral, se

dejaba arrastrar por sus instintos en pos de cualquier persona, bestia o cosa con la que aliviar sus embrutecidas pasiones. Por fortuna para la amenazada comunidad, la pertinente coz de una yegua mohina enfrió para siempre las calenturas del bárbaro, molesta por su falta de delicadeza en el cortejo. En la memoria popular se celebra la efeméride como «un día con potra».

Fruto de esta usanza ancestral, la última generación de pecadores se encarnó en mi persona, cargando sobre mis pequeños hombros la responsabilidad de arreglar el entuerto. Valeriana, mi madre, era una dama equilibrada, tranquila, como una hoja flotando en un estanque. Señora de buena familia –sin apenas asesinos ni violadores–, aportó a la empresa un buen manejo de cromosomas, suficientes para compensar el legado de taras que me precedía y mejorar, en cierta medida, las expectativas de la progenie. Habiendo llegado a término con todo mi ajuar –bracitos y piernecitas completos, como decía mi abuela– era más que bastante para contentarla. La mujer, que mal disimulaba la triste suerte de su amado esposo, animó la difícil tarea anunciándome al mundo con el nombre de Cándido.

Con esas credenciales, no me quedaba otra que consagrar mi existencia a limpiar el honor familiar. Para hacerlo de facto –lo de consagrar–, al cumplir los diez años fui entregado al convento de San Pio, donde habrían de reconducir mis tendencias, antes de que la tiranía de las hormonas se hiciera con las riendas del asunto.

Llegado a este punto, la vida monástica no tardó en enseñarme cuatro verdades absolutas, futuros puntos cardinales de mi mapa existencial.

Para comenzar, me aclaró que la virtud no nace y, a veces, ni siquiera se hace. Apenas aterrizado en la cartuja, recibí una completa muestra del catálogo de bofetones del padre Amador, presunto educador de la escuela monacal. Un auténtico animal, que engalanaba su nombre santiguándose con cada leñazo, impartido con primorosa ternura.

En la siguiente lección aprendí que, puestos a pecar, sale más rentable elegir la opción B de la falta. Esto es, orientarse hacia el

formato venial de la tropelia porque –según asegura el manual del buen creyente– ésta no pasa de ser una torpeza de la que ni siquiera hay obligación de culparse en confesión. Quienes la justifican definen el asunto como una mera negligencia, corolario de nuestra condición humana, siempre vulnerable a los estímulos terrenales. Además, el pecado venial se hace sin reflexionar, como cabalgado por los instintos. Perpetrado sin conocimiento, reconocí el descalabro como la antipoda del ‘a casico hecho’ con la que Anica –una zagala de mi barrio– denominaba a las acciones gestadas, simple y llanamente, a mala ostia.

En tercer lugar constaté que, aunque susceptible de mejora con la práctica, el mal –como el bien– es congénito. Algo propio, impreso en el chasis, que permite ser maquillado, pero imposible de borrar. Una traza invisible que podemos expiar con ofrendas, penitencias o cilicios, pero que habrá de seguirnos –oscuro como una sombra– donde encañemos nuestros pasos. Y que, por más que se esconda tras los muros de una celda, te alcanza como una bacteria infecta los pulmones, volátil e intangible a los sentidos.

Finalmente me tropecé, enredada en mi paupérrima vida conventual, con otra verdad inherente a la condición humana: que no hay voto de silencio para el hambre, corporal o espiritual. Mi escuchimizada anatomía, malnutrida con hierbajos del claustro y recortes consagrados de la eucaristía, parecía crecer para adentro, como los pecados mortificados de los curas. La celliaquía –que yo creía otra virtud de mi retiro– me estaba royendo la osamenta, igual que los dogmas me carcomían el alma. Desayunos de avaricia. Almuerzos de ira y soberbia. Comidas de gula. Siestas de pereza. Meriendas de envidia. Y, con nocturnidad, cenas de lujuria, lascivia y concupiscencia. Los pecados capitales, cerrando el círculo, arrollaron sin contemplaciones mi deshonor en ciernes. Vilipendiando credos, ultrajando doctrinas, agravando catequismos, descubrí –aliviado– el magnético norte del libre albedrío. Y aprendí, torciendo mi nombre por el de Plácido que, para vivir así, más vale no morir.